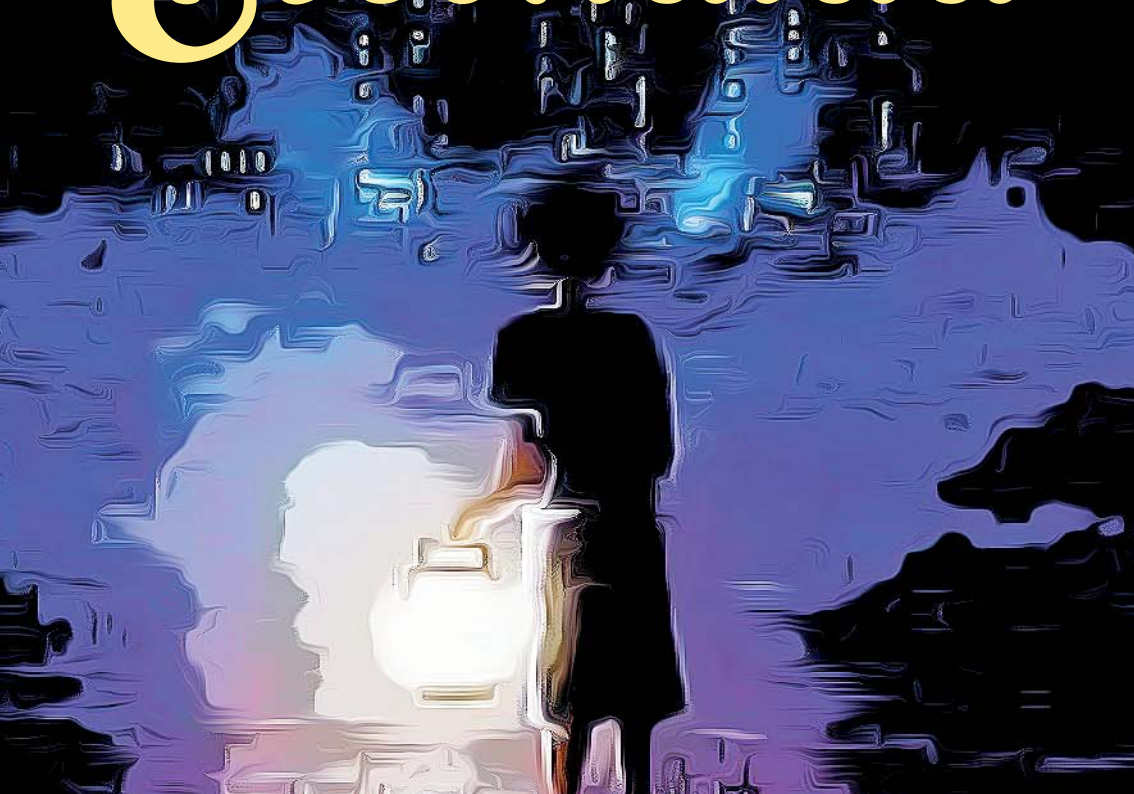


La Lámpara Escondida



DAVID NOBOA





La lámpara escondida
Derechos de autoría
©2020 David Noboa Cazar
www.soydavidnobia.com

All rights reserved
Diseño de Portada y Maquetación: Fidian Guananga

Todos los derechos reservados
Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en, o transmitida por un sistema de recuperación de
información, en ninguna forma y por ningún medio, mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia
o por cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.



LA LÁMPARA ESCONDIDA

Por David Noboa Cazar

LUZ

Emergiendo de la inocencia abates la densa oscuridad
surge de tu esencia toda gracia
ilumina de verdad tu sustancia eterna
gracias a ti la humanidad
entera renuncia a la ignorancia



En las faldas de un grueso monte estaba la casa de Josué, un muchacho de unos doce años que poseía un artefacto impresionante, una lámpara milagrosa que desprendía una luz infatigable y eterna. Cada noche, Josué y su padre salían a la puerta de su casa y desde allí, desde el monte, colocaban la lámpara con dirección al pueblo. Gracias a eso, todo el poblado tenía luz para las noches y podían caminar seguros.

Una día de invierno, el padre de Josué tuvo que salir a un largo viaje, y dejó claras instrucciones para Josué de modo que la luz nunca le falte a la comunidad. El jovencuelo pudo seguir la tarea con responsabilidad, pero conforme fue pasando el tiempo se entristeció tanto por la ausencia de su padre, que perdió el ánimo de salir por las noches con la lámpara. De qué serviría seguir dando luz a todo el mundo, pensó, si mi padre no regresa ya no tengo la obligación de regalar a todos este don. Si alguien quiere luz que venga hasta mi casa.

Claramente Josué se sentía solo.

A partir de ese día escondió la lámpara debajo de su cama y la gente del pueblo dejó de recibir la luz que les había beneficiado por tantos años. Las noches se volvieron oscuras y la gente se llenó de miedo. Ya no había luz para ahuyentar a los animales nocturnos, y los caminos se hacían más peligrosos. Aunque le reclamaron a Josué, él no quiso escuchar a nadie, dejó la lámpara debajo de la cama y su fuerte luz servía para alumbrar solo su habitación. Fueron veladas tenebrosas para el poblado bajo la montaña, las ovejas y ganado amanecían muertos, víctima de los depredadores que ya no tenían nadie quien los ahuyentase, los murciélagos empezaron a visitar los hogares de los pueblerinos y hasta la tierra se volvió húmeda y llena de lodo.

Al caer el sol, la gente tornaba su mirada hacia la casa de Josué con la esperanza de volver a ver la luz de la lámpara encendiéndose, pero ninguno de esos días apareció. En cada casa buscaban aceite para encender pequeñas lámparas, pero el aceite se terminaba pronto. Hacían hogueras intentando emular la luz de la montaña, pero nunca fue igual.

Al pasar algunas noches, por estar debajo de la cama, la lámpara empezó a apagarse y en poco tiempo se negó a dar luz. Cuando Josué se dio cuenta de que su lámpara se estaba apagando, se le ocurrió que probablemente había perdido su capacidad de iluminar por haberla guardado, así que, la sacó del escondite bajo su cama y corriendo fue hasta la puerta pensando que si alumbraba nuevamente a la aldea recuperaría su luz, pero no resultó. La lámpara permaneció con un albor leve que no irradiaba ni a una sola persona.

Esa noche en especial, fue muy difícil para Josué desde aquella solitaria casucha en las faldas del monte. Los ruidos nocturnos lo envolvieron, quizás eran lobos, osos o cualquier animal espeluznante de esos que le arrebatarían la vida de un zarpazo. Por primera vez, desde que su padre había partido, tuvo deseos de llorar. Era la noche

Escondido en su cabaña debajo de su cama, casi abrazando la lánguida luz de la lámpara, Josué clamó para que su padre regresase y todo vuelva a ser como antes. Pasaron segundos interminables, las lágrimas de Josué caían al piso y su aliento se evaporaba helado lue-

go de salir de su boca. Entonces, ocurrió uno de esos sucesos que pasan una sola vez en la vida de una persona. El muchacho empezó a escuchar una delicada voz que estremeció todo su ser, no venía de ningún lado, pero estaba allí. Josué no tuvo otra opción que hacerse pelota agarrando sus piernas y esperando que nada malo sucediese.

—Josué, no temas —susurró aquella voz en abrazo paternal—, vengo con respuestas para ti. La luz de la lámpara refleja el estado de tu corazón.

Josué se mantuvo encogido pero a la vez maravillado por aquella voz, entendió que la lámpara brillaba por la alegría y libertad que la presencia de su padre producía su corazón y hoy la luz languidecía porque su alma se había entristecido demasiado.

El muchacho, aún atemorizado, volvió sus ojos para darse cuenta que no había nadie a su alrededor. Este suceso lo dejó sin palabras por el resto de la noche hasta que se quedó dormido. Eso sí, el miedo ya se había ido.

Siete puestas de sol habían pasado desde que Josué le arrebató la luz al pueblo, y la noche del séptimo día, justo cuando la gente había perdido toda esperanza, aún sin nadie mirando hacia la montaña, la luz emergió tal como lo hizo en sus mejores épocas. Era Josué, que al fin había encontrado la forma de hacer brillar la lámpara otra vez. Decenas de depredadores que acechaban la aldea se esparcieron como humo escondiéndose en el bosque ahuyentados por el brillo del farol que Josué había vuelto a encender.

Todos subieron en algarabía andante para verificar lo que había sucedido con Josué, y cuando le preguntaron, el joven les contó su historia por más inverosímil que sonara.

—Una voz vino a mi casa —narró el joven con soltura impresionando a todos—, me dijo lo que estaba mal con la luz. Cuando mi padre estaba aquí, la luz de la lámpara se encendía y alumbraba a todo el pueblo por la noche. Pero cuando se fue, mi corazón entristeció y como yo era el heredero de aquella lámpara, ahora era yo quien debía hacer que permanezca encendida.

—¿Pero como hiciste para que volviera a brillar? —preguntó alguien.

—No fue fácil. Tuve que confiar en aquella voz y recuperar mi alegría. Eso me dio la seguridad de que mi padre volverá y por eso la luz nunca faltará. Justo cuando me di cuenta de eso, mi corazón se llenó de emoción y la lámpara que por un tiempo había colocado debajo de la cama, se encendió más viva que nunca, así que la saqué otra vez para que todos disfruten de ella.

—Es como una estrella —gritaba la gente del pueblo—, brillará para siempre.

Mientras todos discutían con Josué, alguien vio a su padre caminando por el sendero del norte. Josué gritó con todas sus fuerzas, saltó al camino y corrió hacia su padre hasta alcanzarlo dando un gran salto para asirse de su cuello.

—¡Papá, papá! —exclamó el muchacho lleno de alegría pero con lágrimas en los ojos—, tardaste demasiado. ¿Dónde estuviste por tantos días?

También todos los que estaban con Josué vinieron a recibir al padre del muchacho. Maravillados por su llegada todos le preguntaron lo mismo. Luego de un largo abrazo entre padre e hijo, el hombre soltó a su hijo y miró a la gente del pueblo para contarles lo sorprendente de su viaje.

—¡Escuchen todos!, y sobre todo tú, hijo mío. Les contaré lo que me ha sucedido. Retornaba de mi viaje y me perdí en las montañas. Eso fue algo extraño pues siempre he recorrido ese camino, pero una bruma del bosque me envolvió para que no pudiese encontrar la senda de regreso. Tenía algo de provisiones así que no me preocupé tanto. Decidí esperar a la noche para que cuando aparezca la luz desde nuestra casa ella me guíe por el camino. Pero justo esa noche la luz no apareció. Estuve perdido por seis días más hasta que mis provisiones se acabaron. Entonces sí que tuve mucho miedo. Tomé unas mantas y pensé en ti hasta quedarme dormido rogando que me pudiese despertar con bien.

—Papá —interrumpió Josué—, ha sido mi culpa, escondí la lámpara debajo de mi cama y por eso perdió su luz.

—Eso es justamente lo que vi en la noche mientras dormía —exclamó el padre de Josué—, tuve un sueño de lo más extraño. Estaba yo junto a ti en casa y te decía que la luz de la lámpara refleja el estado de tu corazón, te animaba a despertar la luz que había en tu interior y alegrar tu corazón.

Josué se quedó sin habla. No podía entender lo que había sucedido, ni su padre tampoco, pero ambos estaban tan felices que solo les importaba abrazarse.

—Entonces, papá, ¿cómo pudiste encontrar el camino de regreso?

—Bueno, la luz apareció de nuevo, y me di cuenta que estaba muy cerca de casa, así que tomé mis cosas y caminé hasta aquí. Encontrar el camino fue fácil con la luz encendida. Eso sucedió hace apenas unos minutos. Me di cuenta que uno puede estar tan cerca de su destino a pesar de tener la luz a unos pocos pasos.

Puedes descargar este y otros cuentos
gratuitamente en:

www.soydavidnoba.com